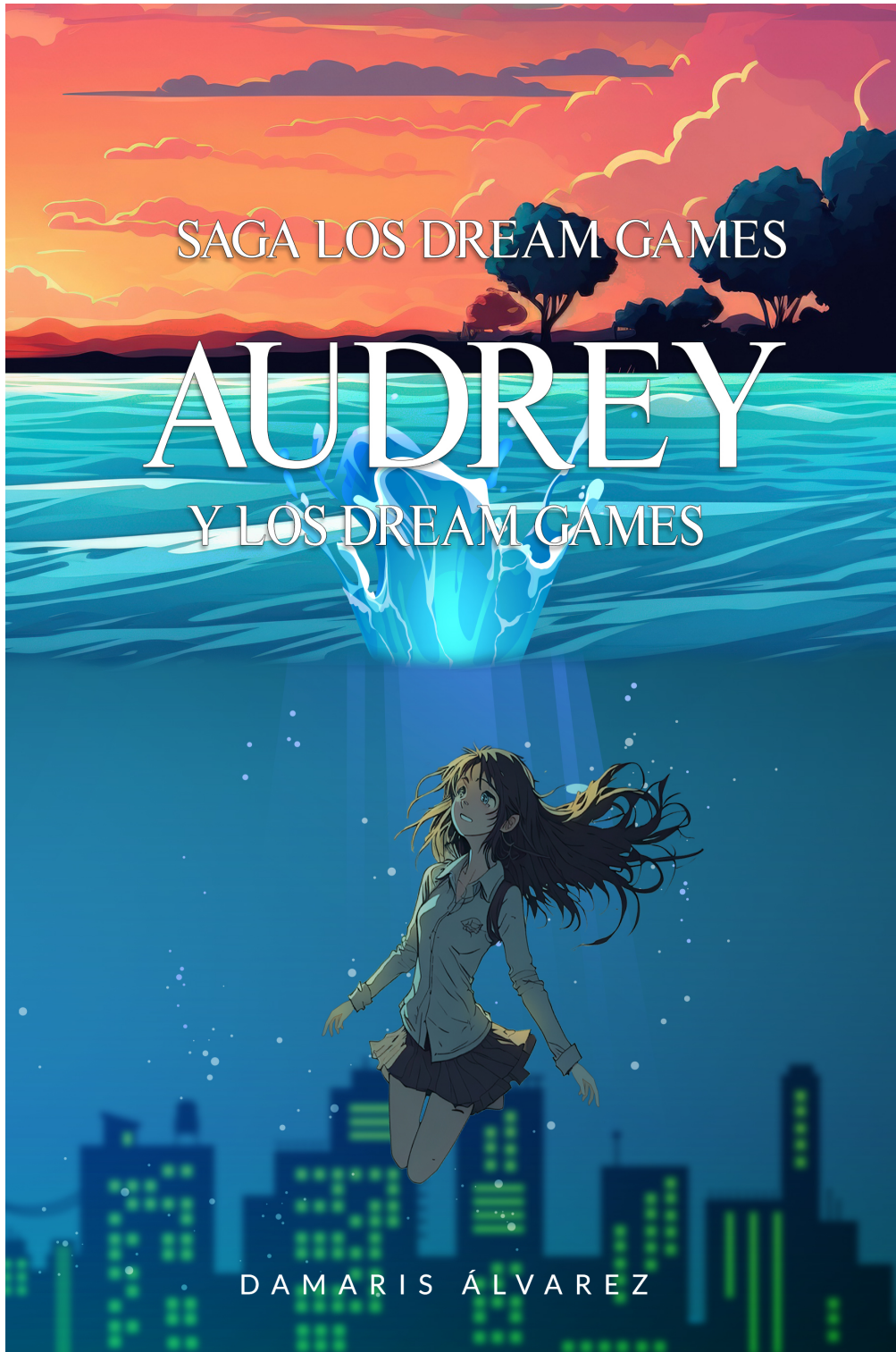


# Audrey y los Dream Games

Damaris Álvarez



# Capítulo 1

## EN FRAGMENTOS

El pavimento debajo de las llantas parecía alargarse cada que avanzábamos. Podía sentir sus brazos sosteniéndose con fuerza de mi torso, pero su contacto era vacío. El viento nos golpeaba y me daba la impresión de que quería detenernos. Aunque, tal vez, yo deseaba detenerme. Durante el desayuno que compartimos brevemente en esa pequeña cafetería, hablamos de Joan y de la culpa que ella cargaba sobre sus hombros.

Según sus palabras, él estaba así por ella.

¿Cómo alguien podía ser culpable de algo así?

Nadie, más que el propio Joan, era responsable.

Cada fin de semana me topaba con él y Lavi. Ambos se ponían como una cuba y sacaban humo como locomotoras. Actitudes como esas solo podían tener un resultado.

No es que yo fuera un ejemplo de santidad o que tuviera el derecho de señalar a los demás, pero me parecía imposible que ella fuera capaz de andar con semejante carga sobre la espalda. El semáforo en rojo me obligó a detenerme y, mientras sus brazos se enganchaban en mi torso, pude recordarla durante el desayuno.

Su figura detrás de la mesa mientras hablaba me asaltó.

—¿Hiciste algo ilegal? —Me acerqué y ladeó la cabeza un poco.

—Creo que sí —susurró apretándose las manos entre sí—. La cosa es que me metí en algo y le conté a Joan. Se interesó de inmediato y buscó la manera de unirse.

«¿A qué te refieres? Tienes los ojos de cervatillo asustado y hablas de algo ilegal», pensé sin dejar de observarla.

—Al principio no creí que fuera capaz, pero terminó por meterse en lo mismo —musitó, y pareció que estaba luchando por no soltar a llorar.

El claxon y el hombre bufando me arrancaron de mis pensamientos. Aceleré y apretó su cuerpo contra el mío. Las cosas no debían ocurrir así. Debí tener las agallas de comportarme con decencia y hacer lo correcto en

el momento que Velasco me insistió para llevarla a esa habitación. Era mi deber protegerla para que Velasco no tuviera manera de exhibirnos así.

Sus débiles gemidos, su cuerpo tendido debajo de mí y sus uñas hundidas en mi espalda. La música y el alboroto de todos se barrieron de mi mente mientras que el viento azotaba sobre mi pecho. Pero no era tan sencillo. Lo ocurrido no se borraba con el viento o con un simple «perdón».

Rememoré el mensaje de texto de Velasco en el que decía que estaba hecho. En el instante que las pantallas repitieron la escena, algo se rompió dentro de mí y noté lo mismo en ella. Esa luz característica de sus ojos se marchó y se perdió en alguna parte de mis maliciosas acciones.

Las pesadillas de lo ocurrido me persiguieron por mucho tiempo y no me daban respiro pese a intentar ahogarlas con una botella de alcohol.

Maté todo lo bello que iba a florecer entre los dos.

Dejé el camino libre a Joan, que yacía en la cama de un hospital. Imaginarlo derrotado hubiera hecho feliz al Silas del pasado, pero era algo que la lastimaba y verla tan afectada rompía el corazón de mi persona actual.

Esa que intentaba de alguna manera enmendar sus errores.

Notar que se apretaba las manos, que se mordía los carrillos y que luchaba por no llorar, era difícil. Joan no tenía que ser la causa de algo como eso. Estaba enfadado con él por lastimarla. Ya bastante había llorado y las cosas parecían ir mejor.

Detuve la motocicleta justo enfrente de la puerta del hospital y ella se apresuró a soltarme. Me dio el casco sin dirigirme ni una sola mirada y caminó a toda prisa al interior del hospital. Desfilé los ojos por su figura que se abrió paso entre las personas. Sopesé por unos instantes el seguirla y al final decidí que iba a estar solo si me lo permitía.

## Capítulo 2

### El hospital

El trayecto al hospital se sintió largo y tuve ganas de pedirle a Silas que acelerara. Me sorprendió lo tranquilo que parecía pese a decirle que prefería estar con Joan. La historia entre los dos no terminó de la mejor manera y supuse que por eso le era sencillo aceptarlo. Una vez que llegamos, me apresuré a bajar y él se quedó detrás haciendo no sé qué cosas. Mis pies se abalanzaron y ni siquiera me detuve en la recepción para hablar con la mujer que me sonrió.

En la cabeza tenía los juegos y la manera estúpida en la que terminaron afectando a Joan y las personas que lo amaban. Su cuerpo sobre la arena desangrándose me apuñaló la mente. La villana envuelta en lágrimas se cruzó con todas las escenas que pasé en los Dream Games los últimos días.

Luché por no derrumbarme ahí mismo frente a todos los que se cruzaban en mi camino.

—Por favor, por favor —susurré cuando estuve más cerca de la sala de espera.

La imagen me golpeó el rostro y tuve que intentar respirar con calma. Mark estaba acomodado en uno de los asientos, y estaba observando por encima de su hombro las plantas del otro lado del cristal que estaba detrás de él. Paula apretujaba sus manos entre sí y, al verme, intentó poner expresión de alivio. Se echó hacia mí para abrazarme. Me apretó y me quedé viendo a Mayan que se acercaba con dos vasos en las manos. Me saludó con la cabeza y le dio un vaso a Mark, que apenas sí nos prestó atención.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó Paula, con pesar tomando mi rostro entre sus manos.

—Lo lamento —susurré.

—¿Todo está mejor? —murmuró Mayan desesperado y asentí.

—¿Dónde está Elía?

—Con tus hermanitos.

Mis ojos fueron directo a la puerta que llevaba al área de urgencias y a las demás áreas del hospital. Recordé que ahí solamente podían pasar aquellos que iban a tener una consulta o iban a visitar a algún familiar. La

imagen de Mayan me devolvió al sitio que estaba y, tras acercarse, pasó un brazo por encima de mis hombros.

—Espero que las cosas con Silas no se hayan complicado —insinuó para mi sorpresa.

—¿Qué?

—Me avisó que estaban juntos —susurró y agaché la mirada.

—¿Qué han dicho los doctores? —murmuré en un intento por desviar su atención.

—Lo mismo que cuando llegamos —intervino Paula con la voz quebrada, y Mayan me soltó—. Está en coma y no saben por qué.

—¿Saben si va a despertar?

—No —anunció Mayan triste.

Blossom atravesó la puerta que daba a la sala de espera y se acercó. Las comisuras de sus labios se elevaron un poco al ver a Silas. Supe de inmediato que no iba a perder la oportunidad y decidí desviar los ojos.

—Hola, Silas —dijo de mala gana, volviéndose hacia mí —. Lavi me pidió que avise a los profesores del estado de Joan.

«Sí, cómo no».

—Pasa a verlo —me dijo Paula, con voz quebrada.

Asentí y fui directa a la puerta del lado derecho para cruzar el corredor y llegar al área de urgencias. Moría de ganas de verle, pero al mismo tiempo temía que acercarme tuviera algún efecto negativo en él.

Tomé una bocanada de aire y desaparecí por el pasillo dejando a mis espaldas las grandes puertas por las que entraban las camillas. El gran ventanal del jardín estaba a mi izquierda y giré un poco para ver a todos. Mis ojos se cruzaron con los de Silas, quien asintió levemente e hice lo mismo. Al final del corredor, se extendía urgencias donde cada camilla estaba acomodada en un cubículo dividido por un delgado muro y la privacidad de los pacientes se limitaba a una cortina azul. Me acerqué a la recepción de enfermeras donde una amiga de Leroy me recibió. Sentí alivio porque me daba pánico hablar con alguien desconocido.

—Hola —dijo amable mientras algunas de sus compañeras escribían en

expedientes o usaban el ordenador—. Tenía mucho tiempo sin verte.

—Lo sé. No sé qué tan bueno o malo es —comenté aclarándome la garganta—. Vengo a ver a Joan Rood.

—Ayer vi a tu madre. Lamento tanto que ella y Leroy ya no estén juntos. Hacían linda pareja —expresó tecleando en el ordenador.

—Sí, es una pena —dije con la esperanza de ocultar mi nerviosismo. Si me preguntaba otra cosa o se disponía a entablar una conversación más larga iba a vomitar.

—Joan Rood está en el segundo piso en la habitación 4B. —Sonrió sin despegar sus ojos de mí.

—Gracias.

—Espero que pronto podamos ir a desayunar con Leroy y tus hermanitos...

—Claro —interrumpí casi sin querer y una de sus compañeras se acercó para hablarle.

Fue un alivio.

Pese a tener tiempo sin ir al hospital, sabía bien donde estaban las habitaciones, los quirófanos e incluso el área donde hacían todo tipo de análisis a los pacientes.

Caminé sin alejarme del cristal y llegué al elevador. Agradecí que estuviera vacío, porque si me encontraba con algún amigo de Leroy iba a querer conversar y no estaba en ánimos de contestar por Elía, Leroy y su triste ruptura. Me alivió saber que Joan estaba en el segundo piso, pues eso significaba que no estaba tan mal la situación. Sabía bien que el primer nivel del hospital era para los pacientes que en cualquier momento necesitaban atención urgente o que estuvieran en riesgo de perder la vida.

El elevador se detuvo en el segundo piso y de inmediato mi mirada se cruzó con la de algunas enfermeras y residentes del primer cubículo. Pero ninguno hizo un esfuerzo por detenerme al verme ahí. Seguí por el pasillo y al llegar al final pasé frente a la farmacia. Dentro pude ver a un hombre moviéndose entre los estantes acomodando las cajas de los medicamentos.

—Seis, cinco y cuatro —susurré viendo los números que estaban a un

costado de la puerta.

Me quedé observando el otro pasillo que estaba frente a mí. Por ahí se llevaban a los pacientes al área de quirófanos y estudios. Algunos doctores estaban recargados en algún muro mientras leían papeles o parecían descansar. Los recuerdos comenzaron a envolverme sin tener oportunidad de escapar: Joan sobre la arena y la sangre rodeándolo. La villana envuelta en lágrimas mientras intentaba arrancarse el collar del cuello. Todo pasó por ese sueño. Por esa figura que se apareció noche tras noche causándome una gran duda sobre la realidad que me agobiaba. Los Dream Games eran reales, otras dimensiones también y todo en conjunto me llevaron a estar frente a la puerta de una habitación de hospital.

Dentro estaba mi novio en coma.

Joan sonrió en mi memoria.

Me abrazó, me besó y acomodó los mechones de mi cabello con cariño. Susurró «Te amo». Desfiló sus lindos ojos sobre mi cuerpo y se movió sediento en mi interior.

«Vamos, tienes que hacerlo», me repetí sin apartar la vista del pomo de la puerta.

No podía retrasar más mi entrada, así que llené mis pulmones de todo el aire que pude, y, luego de acomodarme la sudadera, me acerqué para abrir la puerta. Casi había olvidado por completo el aspecto de las habitaciones.

Justo del otro lado había dos sillones pegados a las paredes y en medio se extendía una alfombra clara. En la pared del lado derecho estaba colgado un cuadro con la pintura de un lago con colores pálidos. Alargué un brazo para sostenerme de la pared que me separaba del otro lado de la habitación y cerré los ojos cuando el sonido de las máquinas llegó a mis oídos.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo —susurré estúpidamente.

Caminé sin alejarme demasiado del muro. Los murmullos me helaron la sangre y abrí los ojos. La imagen que encontré superó todas las que no preparé en mi cabeza antes de entrar. La cama estaba acomodada justo en medio de la habitación mientras que las máquinas estaban a los costados y hacían mucho ruido.

Lavi estaba sosteniendo la mano de Joan mientras hablaba y se detuvo al percatarse de mi presencia. Me acerqué sin apartar los ojos de Joan. Estaba sobre la cama y en ambos brazos tenía sondas que iban a las máquinas. Unos tubos le entraban por la boca y su pecho subía y bajaba

al ritmo del sonido de una de las máquinas. Se veía apacible, pero sabía que era mentira.

Tragué saliva y obligué a mis pies a llegar hasta ellos. Las rodillas me estaban temblando y despegué mis ojos de Joan para dirigirme a Lavi, que apenas sí se había movido de su sitio. Estaba ojeroso y parecía que luchaba por no perder los estribos.

Apreté los labios y se aclaró la garganta.

—Llegaste —dijo en tono seco sin moverse y decidí mirar a Joan.

—No... no estaba preparada. —Me sostuve de la cama.

—¿Viniste con Silas?

—No su... supe a quién llamar —susurré intentando contener mis emociones, incapaz de ocultar mi vergüenza.

—A Mayan o a mí —replicó y parecía preocupado.

—Estaban ocupados tratando de calmar a Mark. En... en ese momento mi mente se quedó en blanco y yo... —alcé un hombro sin saber qué más decir y asintió.

—¿Todo bien?

—Fuimos a desayunar y... platicamos para ponernos al día. Luego pasamos el resto de la tarde en un lugar que no conocía y después fuimos... a su casa.

—¿PASASTE LA NOCHE CON ÉL?

Iba a contestar cuando se escuchó la puerta. Me giré y se acercó para abrazarme con fuerza.

—Leroy —susurré inmóvil.

Me presionó contra su cuerpo. Vi a Lavi con sorpresa y se echó hacia adelante para ponerse de pie.

—Necesito comer algo —mascullo y, sin esperar respuesta, salió.

—No vuelvas a hacer algo así —logró decir, antes de soltarme. Tenía años sin verlo tan cerca—. Lo lamento, sé que tú...

—No volverá a pasar —interrumpí y asintió.

Tenía tiempo sin verle, pero lo conocía lo suficiente para saber que se sentía incómodo por abrazarme de esa manera.

Comprendí que ese sentimiento era intenso después de todo lo que pasó.

Vi a detalle cada parte de su rostro y tomé una bocanada de aire antes de hablar. Era el momento perfecto para hacerlo o iba a quedarme para siempre con las palabras atoradas en mi garganta.

—Lamento todo. Ya sabes, no querer verte y gritar ese día.

—No te preocupes por esas cosas que ya pasaron. —Le temblaban la voz y el labio.

—Aun así, quiero decir que lo siento —susurré y me tomó del hombro.

—Ha pasado tanto que puede llevar a cualquiera al límite. Agradezco que llamaste a alguien que conoces y no te quedaste sola por sitios peligrosos —dijo con voz quebrada.

—Lo lamento —murmuré y acomodó mi cabello.

—¿Vas a quedarte? —insinuó arrastrando las palabras.

—Creo que sería bueno estar aquí un rato —dije con amargura.

—Iré a llamar a Elía. Estaba preocupada y va a tranquilizarla saber que todo está bien. Además, supongo que podré decir a todos que se retiren a descansar un poco —farfulló.

—¿Puedes despedirme de todos?

Sonrió sin ánimos, asintiendo.

Me dio la impresión de que quería decir algo, pero, en cambio acercó su mano para tomar la mía y presionarla levemente antes de salir. Cuando escuché la puerta cerrarse, fui al sillón de un costado de la cama.

Estudié la habitación que, tenía las paredes blancas, y decidí permanecer quieta sin tocar a Joan. Una parte de mí temía que abriera los ojos o, peor, que perdiera la vida con el simple hecho de tenerme cerca. El sonido de las máquinas me envolvió y miré todo lo que Joan tenía conectado al cuerpo. Las sondas llevaban líquidos transparentes a sus brazos y desfilé los ojos hasta su mano. Ahí pude ver las gotas de sangre en los tubos de intravenosa que se combinaban con el líquido de las bolsas que estaban a

un costado de la cama.

Intenté no imaginarme todo lo que había pasado Joan en el hospital. Me enfoqué en sus rizos despeinados y en el movimiento de su pecho.

—No... no tienes idea de lo mu... mucho que lo lamento —dije con la voz entrecortada y me pasé una mano por las mejillas para limpiarme las lágrimas.

Las imágenes volvieron a atacarme.

Joan estaba sobre la arena... Intenté ignorar lo que esos recuerdos causaban en mi cuerpo. Con la esperanza de calmarme, acerqué una mano a él y la puse debajo de la suya, que estaba un poco fría.

«Lo lamento, lo lamento tanto», pensé cerrando los ojos con fuerza.

La sangre volvió a moverse por la arena y la crueldad de la villana que le atacó me golpeó el pecho rompiéndome en mil pedazos. Los ojos casi sin vida de Joan volvieron a posarse sobre mí y el intento que hizo por hablar me arrancó el aliento. Sentí de nuevo la mano sobre mi hombro y, cuando los ojos de todos se posaron sobre mí, el sonido de los pasos acercándose me hicieron volver de mis recuerdos.

—¿Cómo te sientes? —Acercó una mano a mi rostro para limpiarme las lágrimas. Estaba agachado frente a mí. El contacto me erizó la piel e intenté concentrarme en lo que estaba pasando.

—Es tan... confuso... —musité.

—Lo sé —me apoyó y acarició con movimientos torpes mi mejilla con su pulgar—. Te prometo que ese sentimiento va a desaparecer con el tiempo.

—Siento que en cualquier momento voy a despertar.

—No va a ocurrir —previno y me sentí atrapada. Tomó mi rostro con cuidado y añadió—: Estoy contigo en lo que necesites.

Se acercó tomándome por sorpresa y me abrazó por unos instantes. Puse sobre su espalda la mano que tenía libre y luego recargué mi barbilla en su hombro. Pude sentir el leve temblor de su cuerpo y cuando me soltó parecía un poco incómodo.

—Silas, quiero darte las gracias —dije pasando la mano por su cabeza rapada. No quería que se preocupara de más.

—¿Necesitas algo? Mayan y yo tenemos que irnos, pero puedo quedarme.  
—Le temblaban la voz y el labio.

—Estaré bien —mentí y me solté de Joan—. Gracias.

—No tienes que agradecer. Llámame si me necesitas.

—Lo haré —susurré con pesar y acaricié mi mejilla antes de marcharse.

Volví a tomar la mano de Joan.

Me quedé en silencio por un rato sin saber qué decir o hacer. Estaba ahí con él, pero a la vez era como estar sola y era incómodo. Me limité a observarlo. El sonido de las máquinas me atrapó y miré los números que aparecían en las pantallas. Imaginé que despertaba al sentirme con él y cuando pasaron los minutos cerré los ojos para no llorar. No era justo. Deseaba con todas mis fuerzas que las cosas volvieran a como estaban.

Quería contarle a Joan todas las cosas extrañas que estaban ocurriendo mientras él, sin dejar de mirarme, acomodaba mi cabello o sonreía para hacerme saber que todo iba a estar bien. Lo imaginé abrazándome y haciendo bromas de todo. Se quejaría profusamente de la anticuada decoración de la habitación. Iba a decirme todo lo que sentía con respecto al comportamiento de Mark y juntos idearíamos un plan para mantener a Paula a salvo. De pronto, Joan no era el que estaba en la cama y yo no estaba tomando su mano. Aquellos en la habitación eran dos desconocidos que podíamos ver desde afuera.

Un par de enfermeras entraron arrancándome de mis pensamientos y supe de inmediato que debía salir.

Me quedé esperando en uno de los pasillos que daba al edificio de quirófanos. Me recargué en el barandal y vi las plantas desde ahí. Extrañamente, no sentí miedo.

—¿Café?

Me sobresalté y, al girarme, Leroy estaba sosteniendo un vaso y un sándwich.

—Gracias —murmuré tomando el vaso humeante. Le di un trago y lanzó una risita cuando hice una mueca.

El café casi no tenía azúcar. Me dio el sándwich y volví a mirar las plantas.

—Novata —soltó y se puso a un lado de mí.

—Si me dieran dinero por no dormir, también estaría fresca como lechuga —dije con énfasis para que se riera.

Sonrió un poco sorprendido y también se enfocó en las plantas.

—Supongo que tiene que ver con el hecho de que tengo tres hijos y una exesposa que me exige más que mi jefe. —Se permitió una expresión de complacencia.

No podía creer lo mucho que lo extrañaba. Las imágenes del momento que hui del hospital me abordaron. Mark se había lanzado contra Leroy y eso recuperó una idea que me revoloteaba la cabeza.

—Cuando me fui... —me interrumpí—, ¿Mark te hizo algo?

Esperé no sonar muy entrometida. Ladeó la cabeza a ambos lados como si estuviera escogiendo las palabras indicadas.

—Llegaron los de seguridad y le pidieron que se calmara o iban a negarle la entrada—dijo antes de meter las manos a su bata—. No vas a creer lo que hizo cuando se sentó y pasaron unos minutos.

Sacudí la cabeza mientras masticaba la comida.

—Se puso a llorar —admitió y lo miré con los ojos bien abiertos. No podía creerlo—. Paula lo abrazó mientras él repetía que todo había sido su culpa.

Sentí una pequeña punzada en el pecho. La culpable era yo, pero no era algo que iba a decir en voz alta.

—Eso sí que es nuevo —arrastré las palabras intentando imaginar ese momento.

—No sentí ni un poco de pena después de todo lo que les ha hecho, pero Paula le explicó un poco las cosas.

—Esa mujer tiene un corazón noble, pero no sé si debería tenerlo con él. Ya sabes que Joan tiene muchas cicatrices —dije casi sin querer.

—Lo sé. —Lanzó un suspiro—. No puedo siquiera imaginar todo lo que ocurrió en esa casa.

—¿Encontraron algo? —Quería cambiar el tema con cautela de no sonar

culpable.

—Hicimos análisis de sangre, tomografía, encefalograma... —dijo y suspiró.

Bebí más café para evitar hablar de nuevo.

—Mark me pidió que hiciera todos los estudios existentes para saber las razones del estado de Joan. Puedo apostar que estaba a punto de decirme: «¡Eres neurocirujano y deberías tener la capacidad de despertarlo!» —añadió atropelladamente.

Sin duda extrañaba su forma de hablar. Casi siempre que alguien le hacía una pregunta terminaba por platicar de otras cosas sin siquiera responder el tema principal. En ocasiones, me pregunté cómo se daba a entender con los doctores que seguro estaban a su cargo.

—Sé que no preguntaste eso —se reprendió.

Esperé a que ordenara sus ideas mientras parecía repasar todas las cosas en su cabeza. Tras unos segundos volvió a hablar.

—No encontramos nada que nos diga las razones. Todo es extraño, pero el coma en el que está no es profundo. Es estado comatoso grado uno y eso significa que responde a estímulos físicos como la luz y tiene defensa selectiva al dolor. —Cuando tragué saliva agregó—: Va a estar bien.

—Eso espero —mentí con dolor.

—Llamé a Elía y fue a la escuela para explicar la situación y mencionó algo de entregar tareas adelantadas tuyas y de Joan.

—Qué alivio —dije desanimada al recordar lo estrictos que podían ponerse algunos de los profesores. Leroy se quedó en silencio unos instantes antes de hablar.

—En un ratito acaba mi turno, ¿quieres que vayamos a comer con tus hermanitos y Elía? —dijo esperanzado y sacudí la cabeza—. Comprendo, un paso a la vez.

—No es por eso —dije adelantándome a sus suposiciones—. Me gustaría quedarme con Joan y siento que estoy tan dispersa que no podría.

—De acuerdo. Daré un beso y un abrazo a todos de tu parte —dijo con voz más serena.

—Gracias. —Me terminé el sándwich y arrugué la servilleta.

—Puedes volver —murmuró revisando su teléfono móvil—. Pedí que te den el control de la pantalla para que no te aburras.

«¿Aburrirme? Se convertirá en una tortura».

Sonrió y estiró una mano para que le diera el vaso vacío.

Me limpié la boca con la servilleta y volví a la habitación para pasar el día. Estar en ese lugar en silencio me hacía volver a los recuerdos de lo ocurrido. Tuve que luchar por no soltar a llorar. Me dieron ganas de correr y huir de nuevo, pero esta vez tenía que enfrentar la situación y quedarme. Al cabo de un ratito, una enfermera me llevó el control de la pantalla y no dudé en encenderla. Elegí una película que no había visto. No puse mucha atención a las imágenes porque por momentos tomaba la mano de Joan y lo veía con la esperanza de que despertara. Acaricié sus mejillas y acomodé su cabello. Me pregunté las cosas que estaba haciendo y si tenía manera de recordar todo lo ocurrido en la Realidad Consciente.

Quería que recordara todo lo que pasamos en los últimos días y que no olvidara todo lo que sentíamos el uno por el otro. No quería que el coma me lo arrebatara porque no iba a poder soportarlo.

—Señorita, el doctor Pantaleona nos pidió que te trajéramos un poco de comida. —Entró un enfermero poniendo una charola en la mesa de centro que estaba debajo de la pantalla—. Las cobijas, almohadas y lo que necesite está en el armario de la entrada. El baño tiene agua caliente. Por órdenes del doctor, debe tomar esta pastilla antes de dormir —añadió sin esperar respuesta. Se acercó y me dio un pequeño vaso con una pastilla.

—¿Para qué es?

—Le ayudará a descansar. —Fue a las máquinas para revisarlas.

Cuando estuve sola comí y, al terminar, desdoblé el sillón para poder recostarme. Tomé la pastilla y sin demora me acomodé para dormir. Estaba muy exhausta y lo único que quería era descansar, pero de pronto un miedo me invadió. Iba a ver a Joan en los juegos y eso suponía una nueva experiencia que tenía ganas de aplazar. Intenté calmarme y, al comprender que no podía hacer nada para escapar, me dispuse a dormir.

—Joan... —logré decir, antes de quedarme profundamente dormida.

\*\*\*

El constante sonido de las máquinas me hizo despertar lentamente. Las imágenes tomaron forma y la luz brillante que entraba por los tragaluces

de las paredes me lastimó. Me cubrí los ojos unos momentos y con el sonido de la puerta me senté rápidamente. Estaba en el hospital.

—Buenos días, señorita —intervino amable el enfermero que se acercó a las máquinas para revisarlas.

¿Estaba en los juegos?

Tal vez la escena que tenía enfrente no era más que una de sus jugarretas para torturarme. Observé el lugar a la espera de cualquier ataque que pudieran lanzarme, pero no ocurrió. Decidí ir directa al baño para mojarme el rostro.

Todo estaba muy confuso. Cuando salí, Elía estaba sentada en el sillón.

—¿Hola? —Se puso de pie y se acercó para abrazarme. Hice lo mismo y me di cuenta de que no se trataba de un sueño—. Lamento lo que pasó.

—Deja de disculparte —susurró. Intenté sonreír y puso el dedo índice en el hoyuelo de mi mejilla—. He venido por ti para que vayamos a desayunar y luego podemos llevarte a la escuela, si quieres.

—Creo que debo hacerlo o me voy a meter en problemas —admití y asintió.

Deseé despejarme un poco o, al menos, seguir con los planes de la Realidad Consciente que no iban a resolverse por sí solos. Lo que ocurrió con Joan era horrible y me dolía mucho, pero no podía detenerme.

Tenía que intentar seguir... por más difícil que pareciera.

—Ayer me aceptaron las tareas, pero dijeron que si no eres afectado directamente por el diagnóstico médico debes asistir a clases —informó arrugando la cara un poco.

—¡Qué formales! —solté y apenas sí me puso atención.

—Anda hija, que se nos hará tarde. Te traje ropa y lo que vas a ocupar en la escuela —me animó, señalando el baño.

Asentí y, luego de tomar una ducha rápida, me apresuré a vestirme para asistir a las dos últimas clases del día.

Cuando salí, Elía parecía estar hablando con Joan y, al verme, tomó todo para irnos.

En la sala de espera estaba Leroy que, sonrió cuando nos acercamos. Le correspondí el gesto casi sin darme cuenta y esperé que no pudieran notar

lo mal que me sentía. La cabeza me dolía y cada movimiento de mi cuerpo era pesado. No supe si aquella sensación era el resultado de la pastilla, el cansancio acumulado del día anterior o por todas las cosas ocurridas en los juegos que se trasladaron a la Realidad Consciente.

—¿Funcionó la pastilla? —Meneé la cabeza un poco.

«No estoy segura a qué te refieres», pensé mientras caminábamos.

—¿Le diste una de esas píldoras para dormir? —dijo Elía súbitamente severa mientras nos dirigíamos a la salida.

—También la viste. Estaba muy ojerosa y parecía que no había dormido en días —se justificó Leroy malhumorado.

—Gracias, me quedé dormida de inmediato —interrumpí lo que claramente iba a convertirse en una pelea.

¿La pastilla tenía algo que ver con no entrar a los juegos?

O tal vez, luego de dejar que asesinaran a Joan, fui expulsada sin mayor aviso. Eso podía ser una ventaja porque no iba a verlo. Subimos a la camioneta de Leroy que estaba estacionada afuera del hospital.

—¿A dónde vamos? —Leroy habló tranquilo mientras acomodaba el espejo retrovisor y Elía se ponía el cinturón del lugar del acompañante.

—A unas cuantas calles de aquí hay un sitio agradable —contesté, y se puso en marcha.

Cuando nos acercamos, señalé el lugar y se apresuró a estacionarse.

Elía quedó encantada desde el primer momento. Al entrar señaló los detalles de las paredes, del techo y las ventanas.

—Es tan bonito —verbalizó Elía observando todo y, casi de inmediato, sacó su teléfono móvil.

El mesero dejó unos menús y sin demora pedí té de hierbabuena que acompañé con una tostada francesa dulce. Elía pidió café y panqueques. Leroy tuvo preferencia por fruta, una torta de huevo y un poco de té de limón. Desayuné rápido para poder ir a la escuela. Me sorprendió un poco el entusiasmo que sentí por ir, esperaba que pudieran dejarme tareas y así enfocarme en otras cosas.

—Llegaron —dijo disgustado Leroy señalando a mi espalda.

Cuando giré, sentí que el corazón comenzó a latir con fuerza contra mi pecho. Mark y Paula se acercaron. Una vez que se sentaron, ella me abrazó y vi a Mark con cierto recelo. Era evidente su jugada. Temí que pudiera hacerle daño estando sola. No iba a olvidar fácilmente todas las amenazas que hizo estando fuera de mi casa.

—Te ves más descansada, ayer parecías muy agotada —dijo Paula.

—No fui el único que lo notó —soltó Leroy dirigiéndose a Elía.

Elía puso los ojos en blanco y dio un trago a su café. Mark tomó el menú sin decir nada y mi mirada insistente le hizo despegar los ojos del menú.

—¿Pasaron bien la noche? —Mark tenía gesto severo y me dieron ganas de lanzarle un plato en la cabeza.

—Estuvo tranquilo como supongo no lo estuvo en mucho tiempo —las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Elía regresó un poco de café a su taza. Mark apretó la mandíbula y Paula se enfocó en leer el menú.

—Es bueno saber que no tuvieron problema alguno —corroboró Mark de mala gana y retomó su lectura.

—Pues...

—El lugar es bellísimo. ¿No te lo parece, Paula? —intervino Elía.

—Se te hará tarde para tus clases. —Leroy se puso de pie—. Yo voy a llevarte, no tengo cirugías ni pendientes en el hospital.

Sin decir nada más, me puse de pie y Elía sacudió la cabeza. Alcé los hombros y me giré un poco molesta. Era increíble que Mark estuviera en ese mismo lugar como si nada. Años estuvo molestando a Joan y golpeando a Paula sin tener ni una pizca de remordimiento.

—¡Saluda a Mayan y Lavi! —gritó Paula mientras salíamos.

Una vez arriba de la camioneta, Leroy lanzó un suspiro y sentí su mirada sobre mí.

—¿Estás bien? —dijo sin más.

—No estoy de humor para un sermón —protesté y encendió el motor.

—No iba a sermonearte. Dijiste lo que la mayoría piensa —dijo para mi

sorpresa.

—Me cuesta creer que después de todo, se atreva a aparecer en el hospital como si nada y pretenda que puede sentarse en la misma mesa —espeté viendo la calle que teníamos enfrente—. Seguro que está aprovechando la situación para que Paula, de alguna manera, lo perdone y así pueda conservar todas sus cosas.

—No va a perdonarlo —aseguró.

—¿Cómo lo sabes? —soné dura sin poner la intención.

—Sigue con Elía. Hoy en la mañana se quedó con los monstruos y los llevó a la escuela. Parece que tú y tu madre piensan similar. Tenía la misma preocupación y decidió hablar con ella. Paula le dijo que no iba a negarle a Mark que viera a Joan, pero que no iba a volver con él —explicó mirando a través del parabrisas.

No podía creerlo.

—¿Dejará que lo vea después de todo el daño que le hizo? —traté de mantener mi tono de voz bajo.

Mark dio muchas palizas a Joan. Tenía cicatrices de los años de abuso y solamente cuando fue al hospital, parecía más o menos preocupado por su estado. Me daba la impresión de que, quería asegurarse de su inocencia en el asunto para luego marcharse sin una pizca de culpa en la cabeza.

—La gente es... rara —dijo y luego de pensarlo añadió—: Supongo que lo único que nos queda es ser cautelosos.

—¿Las amenazas no cuentan? —Intenté no recordar esa discusión que sucedió afuera de mi casa.

Mark totalmente enfurecido, con el rostro enrojecido, mientras me exigía que le dijera el sitio en el que estaba Joan y Paula. Todavía podía oler su aliento alcohólico y sentir que me empujaba contra la puerta para darme la hoja de la demanda.

—El abogado estaba viendo esa cuestión cuando pasó lo de Joan. Paula le pidió que no levantara ninguna orden de alejamiento.

—Pero...

—Sé que parece una decisión absurda, pero fue inteligente.

—No lo comprendo —murmuré desesperada.

—Si comenzaba una guerra de demandas, no iba a tener manera de pagar el hospital y todos los gastos que se vienen por el estado de Joan —habló atropelladamente.

Tenía razón.

Podía odiar con todo mi ser a Mark, pero iba a pagar lo que se presentara para Joan. Intenté relajarme un poco pese a que las cosas parecían injustas, pero tampoco podía ponerme muy pesada pues la culpa de todo recaía sobre mi espalda. Leroy detuvo la camioneta enfrente de la escuela y, al verlo, estaba sonriéndome sin ánimos. Abrió los brazos con gesto vacilante y me acerqué.

—Gracias —susurré.

«No te odio. No podría hacerlo».

—Sé que todo pinta extraño y pareciera que no hay salida, pero verás que todo saldrá bien —dijo en tono afable y asentí—. No olvides tus cosas.

Bajé y tomé la mochila. Me quedé de pie mirándolo alejarse. Sus palabras resonaron unos momentos en mi cabeza. Quería creerle y pensar que todo iba a mejorar. En ese momento, deseé olvidarme de las razones por las que Joan estaba en coma, y volví a imaginarlo despertando para que todo fuera como antes. Pude verlo en mis recuerdos y anhelé tanto un pasado no muy lejano en el que todo estaba un poco mejor.

## Capítulo 3

### Las nuevas alumnas

Cruzar la puerta de la escuela me hizo sentir un poco mejor. Supe de inmediato que debía enfocarme y olvidar por un momento todo lo que ocurría afuera de las grandes rejas color azul. Algunos alumnos estaban en la cafetería o afuera de su salón. Comprobé la hora en mi teléfono móvil y faltaba poco para que terminara la primera clase. Fui directamente a mi salón y esperé afuera a que abriera el profesor. Luego de unos minutos, salió y me vio con sorpresa.

—Aquí estás. En la dirección me entregaron las tareas de dos alumnos de este salón. Rood y... —me señaló intentando recordar.

—Pantaleona —insinué y asintió.

—En las tareas vienen algunos temas que no hemos revisado.

—No pensé que eso fuera un problema —murmuré apenada.

—No lo es, pero procura no hacerlo —sonrió y sentí que en cualquier momento iba a reprenderme por estudiar de más y no disfrutar la vida—. Así que, solamente tendrás que prepararte para el examen.

—De acuerdo —coincidí apenada.

Se alejó y me quedé mirando el salón.

Blossom y Teresa estaban en el mismo lugar de siempre y delante de ellas estaba sentada una chica que antes no había visto.

Decidí entrar sin más demora y noté que la chica tenía el cabello largo y muy lacio que hacía ver un poco más delgado su rostro. Sus ojos marrones se fijaron en mí mientras iba a mi lugar. En el sitio que siempre ocupaba estaba sentada una chica que tampoco conocía. Tenía el cabello suelto y muy ondulado. Miraba la pantalla de su teléfono móvil con cierto aburrimiento. Me quedé parada a un lado de la mesa y alzó la vista luego de unos segundos.

—¿Qué? —Sus ojos marrones denotaban desagrado.

—Suelo sentarme ahí —dije con una sonrisa fingida en el rostro.

Se puso de pie y me acomodé en mi lugar. Blossom no apartaba los ojos de mí mientras que Teresa susurraba algo que la hizo soltar una risita. No estaba de humor para soportar sus tonteras. Preferí enfocarme en aclarar

mi mente para poder rendir en las clases.

—No pensé que este lugar estuviera ocupado —confesó la chica sentada en el lugar de Joan, sacándome de mis pensamientos.

—Yo tampoco —Intenté controlar la sensación de extrañeza.

—Si te molesta, puedo cambiarme—sugirió y sacudí la cabeza.

—No. Está bien. No tengo problema —mentí.

—De acuerdo —dijo súbitamente severa.

Al cabo de unos momentos, saqué mi teléfono móvil y tenía un mensaje de Mayan. Respiré hondo antes de leerlo. No iba a poder con más problemas, si es que los había.

Hay problemas con Lavi y supongo que deberíamos intervenir

09:00

Maldición

09:05

Paso al hospital para verte cuando las clases terminen

09:06

Estoy en el salón esperando al profesor

9:06

De acuerdo. Paso cuando tu clase  
termine

9:06

De acuerdo 09:06

Inhalé e intenté no pensar en las cosas que íbamos a tener que enfrentar. Miré por la ventana y Silas estaba con Mayan en el balcón del edificio de enfrente. Ninguno se percató de que los estaba observando. Silas estaba hablando mientras que Mayan se movía la argolla de la nariz con insistencia. Conocía ese ademán muy bien: estaba preocupado. Temí que la situación de Joan hubiera desencadenado toda clase de problemas.

El profesor de Filosofía entró y recorrió el salón mirando a todos. Sonrió y señaló a la chica que estaba frente a Blossom.

—¿Eres nueva? No te conozco —comentó mientras se acercaba al escritorio para dejar sus cosas. La chica a mi lado lanzó una maldición entre dientes cuando el profesor la miró—. La directora me mencionó alumnos nuevos, pero no creí que fueran de este salón. Podrían presentarse, por favor. Nombre, edad y qué les gusta hacer.

La primera en ponerse de pie fue la chica que estaba frente a Blossom.

—Me llamo Liliana Cedeño y tengo diecisiete años —dijo con cierta alegría—. Me gusta cantar y escuchar música.

Con una linda sonrisa tomó asiento y miró en todas direcciones mientras algunos le devolvían el gesto.

El profesor Alejandro señaló levemente en mi dirección y la chica se puso de pie. Era muy delgada y vestía una gran sudadera negra que jaló con insistencia de las mangas para acomodarla. Se pasó los mechones por encima de las orejas para quitarse el cabello del rostro y suspiró como si le costara mucho trabajo hablar frente a todos.

—Soy Peony Cedeño —dijo poniéndose roja. En ese momento noté el parecido entre las dos—. Tengo dieciocho años y... y... y me gusta ver televisión.

El profesor asintió satisfecho y Peony se dejó caer pesadamente en la silla. Ante la mirada insistente de algunos, se recargó en una de las manos y comenzó a hacer figuras con el índice sobre la mesa.

—Liliana y Peony —anunció alegremente el profesor y juntó las manos—. Les doy la bienvenida al curso de quinto semestre de la preparatoria Ernest Rutherford y espero que les guste mucho mi clase. Yo soy el profesor Alejandro Villareal e imparto la clase de Filosofía.

Tras presentarse, inició la clase. El profesor escribió algunas cosas en el pizarrón e hizo un resumen para Liliana y Peony, que contestaron algunas cosas. Me permití pensar en las razones por las que no había aparecido en los juegos. Al final, supuse que la pastilla tenía algo que ver.

Comencé a preguntarme lo que Joan estaría haciendo en esos momentos. Tal vez la estaba pasando mejor. No sabía cuál era el proceso que debía seguir una persona que entraba en coma y que pertenecía a los juegos, pero no creí que fuera tan complejo.

El profesor comenzó a hablar de varios autores e hizo preguntas aleatorias a mis compañeros para comprobar que estuvieran poniendo atención. Mientras explicaba, caminó entre los pasillos y en ocasiones observó por la ventana, así que me obligué a concentrarme. Una vez que la clase terminó, se acercó con unas hojas en la mano y las dejó sobre la mesa.

—Es la información de las lecturas —indicó a Peony, que vio las hojas con atención—. Revisé los resúmenes que se tenían que entregar hoy y que me fueron entregados ayer —dijo clavándome una mirada de preocupación—. ¿Joan está bien?

—Está bien —dije tratando de mantener un tono amistoso.

Era asombroso que me preguntara de la situación como si fuera cualquier cosa.

No. Joan no estaba bien. Estaba en coma por mi culpa y, si alguien más me preguntaba al respecto, iba a perder la decencia para contestar como mejor me diera la gana.

Peony se removió incómoda en su lugar, como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Vale. Espero que puedas explicarle a Peony la dinámica de la clase —comentó señalándola y se alejó. Fue a con Liliana, le dio unas hojas y se quedó platicando con ella un momento antes de marcharse.

Me pareció extraño que ambas fueran tan diferentes.

Liliana parecía más sociable y algunos se acercaron para platicar mientras que Peony se limitó a sacar su teléfono móvil y no me dirigió la palabra. Saltaba a la vista que Liliana estaba un poco bronceada. En cambio, Peony se veía un poco pálida, casi como si estuviera enferma. Mayan cruzó la puerta y fue directamente a mi lugar. Observó a la nueva compañera, estudiándola. Peony se movió incómoda y él dejó de verla.

—Tenemos un problema —dijo con pesar antes de moverse la argolla de la nariz.

—¿Qué pasa? —dije con disgusto.

Peony estaba concentrada en la pantalla de su teléfono móvil y lo agradecí porque no quería que ella fuera la víctima de mis respuestas mal intencionadas.

—Lavi hará una fiesta luego de clases... —hizo una pausa y susurró—: Ayer luego de marcharse del hospital, dijo que iba a preparar una fiesta que todo mundo iba a traer en la boca por semanas. Me pidió tocar por dos días seguidos y luce bastante extraño desde que pasó lo de Joan.

El profesor de Cálculo se aclaró la garganta. Era evidente que Mayan tenía que marcharse a su salón.

—¿Dónde está Lavi? —farfullé.

—Silas y yo te esperamos en la cafetería cuando acabe la clase.

Se marchó y el profesor miró a Liliana y Peony casi de inmediato. Supuse que iba a hacer lo mismo que el profesor Alejandro y no me equivoqué.

Se encargó de hacer pasar un momento bochornoso a ambas e incluso les preguntó más cosas. Preguntó cosas evidentes, y cuando dejaron de cooperar, inició la clase.

Me quedé mirando el pizarrón, pero no comprendí nada.

Sin preocuparme lo que el profesor pudiera decirme, me puse a pensar en lo que Mayan expuso. De todos los que conocía, él era de los más centrados. Tenía en mente todo lo que quería hacer. Conocía sus metas y cómo iba a conseguirlas. Si expresaba preocupación, las razones eran válidas y teníamos que prestar atención. Lavi era el mejor amigo de Joan y supuse que le afectaba más la situación.

Los recuerdos de Joan sobre la arena herido me abordaron y me dieron ganas de vomitar. Decidí poner atención a la clase y ambos pizarrones ya

estaban llenos de números. Intenté alcanzar el hilo de la clase sin éxito y supuse que eso iba a traerme problemas en el examen. Por otra parte, Peony participó en algunos ejercicios de mala manera, pero aun así el profesor parecía satisfecho.

Una vez que la clase terminó y el profesor ya no estaba, me apresuré a tomar mis cosas y salí para encontrarme con Mayan. Cuando estaba por llegar a la puerta, Blossom me tomó de la muñeca y me jalé para irme.

—¡Corre o no vas a llegar con Silas! —alcancé a escuchar y pude imaginar a Teresa riéndose con cara de estúpida.

Me moví con la corriente de estudiantes para ir a la cafetería. Ahí ya me estaban esperando. Mayan, con un gesto amable, me alcanzó un sándwich y un jugo de mango. Silas me dio un leve abrazo en señal de saludo y temí que Blossom o Teresa vieran esa acción.

—Tenemos que ir a mi casa a recoger los equipos y nos vamos directo a la fiesta de Lavi —suspiró Mayan, como resignándose a lo peor.

Sus palabras me preocuparon. ¿Tan mal estaba y no lo noté?

—¿No nos llevará él en su automóvil? —pregunté estúpidamente.

—Está en la casa del laberinto desde ayer preparando todo lo de la fiesta porque va a durar dos días —se quejó Silas y comenzamos a caminar al estacionamiento.

Recordé la casa que estaba a un costado del canal de Xochimilco.

Fue justo en una de las habitaciones de esa casa donde Silas me había besado. Pude imaginarme todo el sitio lleno de personas desconocidas y me inquieté.

—¿Me perdí de algo? —Apuré el paso para mantenerme a su ritmo mientras Mayan se acomodaba la mochila.

Si las cosas estaban muy mal, quería saberlo de inmediato.

No quería tener la sorpresa de encontrar un desastre en Lavi. Mayan y Silas se miraron con complicidad haciéndome enojar.

—¡Necesito saberlo! —bramé.

Repasé rápido todas las veces que Lavi estuvo conmigo en la misma habitación e intenté recordar su estado.

¿Se veía mal?

—Está extrañamente más emocionado de lo normal. Como si lo de Joan ni siquiera se le pasara por la cabeza —previno Mayan, mirando a Silas que se detuvo frente a su motocicleta.

No conocía a Lavi tanto como Joan.

Me mordí los carrillos con insistencia porque no tenía idea de cómo acercarme a Lavi para ayudarlo con todo lo que estaba pasando. En ese momento necesitaba a Joan para que me guiara con los comportamientos que seguro iba a ver en su mejor amigo.

—¿Cómo nos dividimos? —Silas me arrancó de mis pensamientos y me concentré en lo que estaba pasando.

—Debo ir a casa por mis cosas y el automóvil de mi abuelo —respondió Mayan y ambos me miraron esperando mi respuesta.

—Voy con Mayan y podemos verte allá —ofrecí dirigiéndome a Silas y ambos asintieron.

No quería arriesgarme a que me vieran más con Silas.

Si podía evitarme algunas peleas con Blossom, iba a hacerlo. Subió a su motocicleta y se marchó. Mayan y yo caminamos a su casa, que no estaba muy lejos. En el trayecto me comí el sándwich y me tomé el jugo.

Pasamos el camino en silencio. Mi cabeza iba y venía en las imágenes de Lavi. Lo recordé en el hospital mientras estaba en la habitación. Su figura ojerosa me asaltó y recordé la manera en la que reaccionó cuando se enteró que había pasado la noche en casa de Silas. Miré a Mayan que, por el contrario, se mostró más que tranquilo al saber que estaba con él.

Eso me dio curiosidad.

Recordé entonces, que Mayan parecía más cercano a Silas. Eran amigos e incluso iban a ir a la misma universidad de Música al salir de la preparatoria. Quise saber lo que había pasado luego de que Silas y yo entramos a esa habitación casi un año atrás. Era claro que la información que pudiera darme no iba a cambiar mi decisión.

Yo no iba a tener nada con Silas, pero quería saber qué cosas pasaron en todo el año que no nos miramos. Podía preguntarle a Silas, pero sinceramente cada vez que hablaba conmigo parecía que en cualquier momento iba a arrodillarse para asegurarse de que realmente lo había

perdonado.

No tenía ganas de volverle a decir que las cosas estaban cerradas para mí y que simplemente se enfocara en seguir con su vida como yo me lo había propuesto. Cuando salí de mis pensamientos ya estábamos afuera de la casa de Mayan.

Su perro, Chocolate, se acercó a la cerca de madera moviendo la cola frenéticamente. Mientras tanto, Fernando, el abuelo de Mayan, estaba sentado en su silla mecedora que estaba acomodada en el porche mientras pelaba una naranja y lanzaba las cáscaras al jardín.

—Mayan... —se quejó una vez que nos acercamos, y él se aproximó para darle un beso en la mejilla—. Tu perro no deja de pedirme naranja.

—No sabía que hablas idioma perro —murmuró Mayan intentando no reír.

—¡Hola, mujer! —exclamó Fernando cuando me acerqué—. Tenía mucho tiempo sin verte.

—La escuela me tiene muy ocupada —mentí y asintió mientras se llevaba un gajo a la boca.

Chocolate saltó a Mayan, que lo acarició, y luego desaparecieron dentro de la casa.

Fernando se puso las semillas en la mano y las lanzó al jardín.

—¿Cómo está el doctor? —Una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

Recordé que el abuelo de Mayan había enfermado hacía poco más de un año y Joan se había encargado de hablar con Leroy para que le revisara. Fernando había tenido problemas para caminar y su rostro había estado extraño cuando hablaba. Mayan, su madre, su hermana y su abuelo habían aparecido en mi casa para que Leroy fuera a recogerlos. Yo me había limitado a mirar desde la ventana de mi habitación mientras que Joan presentaba a Mayan y su familia con Leroy. Según la plática de Joan, Fernando tenía un pequeño trombo cerebral que Leroy pudo tratar a tiempo. Aunque no acudí con ellos al hospital, miré a Fernando y la familia de Mayan algunas veces afuera de mi casa y platicamos un poco.

—Está bien —dije finalmente saliendo de mis pensamientos.

Fernando parecía estar mejor y comía la naranja con calma.

—Ese hombre me salvó la vida —logró decir, antes de que Chocolate y

Mayan aparecieran en la puerta.

—Ese es el trabajo de un doctor —interrumpió Mayan en tono juguetón—. Dispénsalo, se ponen cursis con la edad.

—Supongo entonces que tienes ganas de caminar hasta tu fiesta  
—Fernando entrecerró un ojo.

—¿Qué tanto decías de tu experiencia casi cercana a la muerte? —se disculpó Mayan con cara de cachorrito.

Fernando se metió un gajo de naranja a la boca.

—¡No caeré en tus manipulaciones! —soltó lanzándole las semillas al rostro. Me reí un poco y Mayan se sacudió.

—Va a notar que te convertiste en un viejillo maleducado que maltrata a su nieto —resopló fingiendo molestia, y Fernando se llevó una mano al bolsillo para sacar la llave de su pantalón.

—¡Ya, ya! Quitá tu fea y apestosa cara de mi vista —ordenó estirando la mano.

Mayan lanzó un gruñido, y tras abrazar a su abuelo, nos acercamos al automóvil negro que estaba estacionado a un costado de la casa.

—¡Adiós, mujer! —gritó y me giré para sacudir la mano.

—Luce bien —comenté.

Mayan acomodó la mochila en el asiento trasero y yo me senté en el lugar del acompañante. Tras ponernos los cinturones, Mayan encendió el motor y movió el espejo retrovisor.

—Ese viejo decrepito siempre busca la manera de molestarme —soltó sonriendo—. Si no fuera porque llevamos prisa, nos quedábamos para fastidiarlo un poco.

—¿Cómo están tu madre y tu hermana? —Quería comenzar la conversación y encaminarla a saber todo lo ocurrido con Silas. No quería agobiarle con preguntas directas que me hicieran ver como una desesperada preguntando por su ex.

—Bien. Mi mamá trabaja e intenta encontrar el amor y Esperanza sigue en Kansas.

—Vaya. Recuerdo que la conocí antes de que se fuera —susurré.

—Sí. Parece que ha pasado una eternidad —exclamó sin apartar la mirada del camino.

La música llenó el interior del automóvil y escuché con atención pensando en la manera que podía iniciar con el tema que me interesaba.

Babe, baby, baby, I 'm gonna leave you.

I said baby, you know I 'm gonna leave you.

—¿Crees que las cosas se compliquen con Lavi? —insinué con voz temblorosa intentando no quedar como estúpida.

Mayan me dedicó una mirada fugaz antes de ladear la cabeza y enfocarse de nuevo en el camino.

—Se ve raro, pero no lo sabremos hasta que estemos ahí...

Nos detuvimos en un semáforo en rojo.

Sentí que Mayan me observaba.

Le correspondí y sonrió como si pudiera leerme la mente.

—¿Qué pasa? —dije de manera discreta.

—¿Por qué parece que esas respuestas no te interesan?

Sacudí la cabeza con el propósito de ocultar mis verdaderas intenciones.

—Estaba pensando en que Mark es un idiota y que tal vez eso es lo que ha afectado a Lavi —mentí—. ¿Por qué decidiste quedarte a apoyar a Joan?

—¿Bromeas? Me ayudó a que mi abuelo consiguiera tratamiento para lo que le pasaba. Es buena persona y apoyar a su familia me parece buen gesto para corresponderle —expresó.

Supuse que era buen momento de comenzar con la plática que realmente me interesaba.

—¿Silas no se molesta por eso? —especulé y echó a andar el automóvil.

—Ya veo. La plática va a encaminarse a él —dijo mirando a través del parabrisas.

—Solamente quiero saber si eso no te trae problemas de... de intereses. Ya sabes, Joan y Silas no tienen muy buena relación después de todo lo que pasó.

—¿Y tú? —insinuó con lo que supuse era precaución—. ¿Tienes una buena relación con Silas?

—Creo que estamos mejor, pero eso no es lo que quiero saber...

Supuse que plantearle las cosas de esa manera no fue muy educado de mi parte. Mayan tomó una bocanada de aire y se acomodó la argolla de la nariz: estaba nervioso.

—Debo parecerte un idiota por juntarme con Silas después de todo —dijo en tono sombrío.

—Para nada.

—Siempre te he percibido amable y a veces no deberías serlo —dijo para mi sorpresa.

—En ocasiones me causa curiosidad saber lo que pasó durante todo el tiempo que no lo vi. La última vez que hablamos fue en la vieja torre del grupo de Astronomía. Ni siquiera puedo recordar lo que le dije, pero su imagen la tengo grabada en la cabeza. En ese momento me pareció que lucía como un idiota, pero ahora creo que estaba afectado —expliqué con calma esperando que comprendiera lo que quería saber.

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugirió.

—Es extraño estar con él. Me da la impresión de que cuenta las palabras y siento que, si abordo un tema como este, se va a quebrar y no quiero tenerlo de rodillas —dije ignorando la presión del pecho que me causaba hablar del tema.

No era como antes, la sensación era más por la forma en la que iban las cosas entre los dos. Pocas palabras, miradas incómodas y tratarnos como si cualquier palabra pudiera romper la poca interacción entre los dos.

—No me extraña que las cosas se sientan así —me apoyó—. ¿Pasó algo mientras estabas en su casa?

—Miramos unas películas que pertenecían a su madre y... luego me besó —admití y me miró con los ojos bien abiertos.

—¿Estás bien? ¿Intentó propasarse? —Apretó las manos en el volante

hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Estoy bien. No lo hizo con mala intención y luego le expliqué que estoy en una relación con Joan y que no podía hacer algo como eso —farfullé.

—Ya veo. Sé de primera mano que no la pasaste bien después de todo lo ocurrido. Hablé algunas veces con Joan para saber cómo estabas y más que nada porque quería visitarte, pero me decía que no estabas para recibir visitas —dijo con más calma.

—En verdad lamento que te hayas tenido que alejar de esa manera —susurré apenada, recordando que incluso fui muy grosera con Joan.

—No tienes que disculparte. Pasaste algo horrible y yo no quería molestarte o de alguna manera recordarte los malos momentos —explicó viéndome fugazmente.

—¿Cómo fue que tú y Silas se volvieron amigos? —indagué con más confianza.

—Tras hablar con Joan decidí buscarlo para darle una paliza por lo que hizo —reconoció, y lo miré con sorpresa—. Me lo encontré casi por casualidad, en una fiesta. Estaba golpeado, ebrio y muy drogado.

Escuché atenta intentando no imaginar las imágenes.

—Pensé por mucho tiempo que Silas estaba glorioso rodeado de mujeres mientras celebraba con Velasco —verbalicé.

—Creí lo mismo. Pensé que al topármelo iba a encontrar a un hombre con actitud triunfante, pero era todo lo contrario. Quise romperle un tubo en la cabeza, pero antes quería escucharlo —dijo frunciendo el entrecejo.

—¿Qué fue lo que dijo? —pregunté visiblemente interesada, y me acomodé para verlo directamente.

—Primero esperé que pudiera hilar más de dos palabras con sentido. Nos sentamos en la parada de un autobús y me contó que Velasco le insistió hasta el cansancio para que te llevara a la habitación.

—Recuerdo vagamente que me dijo algo así la última vez que lo vi —susurré con las imágenes borrosas.

—Me dijo que, de principio, pensó que Velasco solamente iba a divulgar el rumor de que ustedes habían tenido algo y así molestar a Joan —prosiguió e intenté no recordar aquellos días.

—Velasco está mal de la cabeza —admití, y Mayan asintió.

—Al parecer Silas no pensó que él fuera capaz de hacer semejante cosa, pero ya sabemos lo que pasó.

—¿Y luego qué ocurrió? —investigué apresuradamente.

Mayan se lo pensó antes de hablar de nuevo.

Me dio la impresión de que estaba buscando las palabras adecuadas para explicarme todo lo que quería saber.

—Al principio, tuve mis dudas. La verdad es que sentí todo como si fuera una excusa. Luego de ese día me lo encontré en otra fiesta —contestó y se detuvo en otro semáforo—. Estaba más ebrio y no dejaba de drogarse. De cierta manera me recordó a la época en la que las cosas estaban raras en mi vida.

—Lo lamento —susurré y sacudió la cabeza.

—Ese día me quedé con él después de que terminó la fiesta. Recibía toda clase de mensajes en los que le pedían más imágenes y otros en los que lo amenazaban —explicó con un suspiro—. No voy a mentirte. Cuando vi eso, sentí una alegría dentro de mí. Lo estaban torturando por lo horrible que se portó, y, luego de tener una plática con mi abuelo, me di cuenta de que Silas también está en el video.

—¿Crees que Velasco...? —dejé la pregunta al aire y esperé que pudiera comprender lo que quería decir.

No quería que las palabras salieran de mi garganta. Decirlo en voz alta me daba escalofríos. Pensar que Velasco hizo todo eso para también castigar a Silas me helaba más la sangre. Significaba que era más malo de lo que ya había demostrado.

—Creo que se enfureció en ese momento porque se dio cuenta de que ustedes tenían algo de verdad —reconoció y me vio fugazmente antes de poner el automóvil en marcha—. Luego de eso, comencé a platicar con Silas de vez en cuando y, un día que estaba por beberse una botella de licor, lo cuestioné por la manera en la que iba a avanzar. Él no tenía mayores aspiraciones más que beber y drogarse hasta perder la consciencia.

—Fue cuando le hablaste de música —supuse sin darme cuenta.

—Estábamos en mi casa, y estaba preparando la playlist para una fiesta de Lavi cuando Silas se acercó. Luego de ver todo sobre la mesa, comenzó

a preguntarme por tal y tal cosa.

—¿La música te ayudó? —Su sonrisa lo dejó todo en evidencia y me sentí tonta por preguntar algo tan obvio.

—La música me salvó y supuse que también podía ayudarme. Aunque he de decir que al principio me sorprendió lo poco que sabía de géneros y artistas. Desde entonces me he enfocado en enseñarle lo que sé. Le enseñé a tocar un poco el piano y como segundo instrumento eligió el saxofón, que espero ya haya comprado.

—Vaya.

Comencé a pensar en todo lo que me había dicho y mis sospechas se hicieron más fuertes.

¿Podía ser que Velasco hizo todo eso para «matar dos pájaros de un tiro»?

No podía creer lo malvado y maquiavélico que podía llegar a ser ese hombre. Lo vi en mi mente sonriendo con esa característica maldad y sentí que se me revolvió el estómago.

Tal vez lo que tenía con Silas pudo funcionar si Velasco no hubiera actuado de esa manera tan horrible. Pero eso significaba que las cosas en mi relación con Joan serían diferentes y no estaba segura de querer eso, a menos que estar con Silas le hubiera evitado el coma a Joan.

—¿Conoces a la nueva chica? —preguntó cambiando de tema.

—Solamente sé que se llama Peony y que le gusta ver la pantalla de su teléfono móvil. ¿Por qué?

—Parece interesante —dijo sin apartar la vista del camino—. Deberíamos unirla al grupo.

—Clásico de ti. Quieres atraer a los que se ven más extraños.

Sonrió sin decir nada más y decidí concentrarme en la música que seguía saliendo de las bocinas. Era música en francés que no había escuchado en mi vida.

Las calles estaban despejadas y llegamos pronto a casa de Lavi. Conocíamos bien el lugar porque era la casa del laberinto. La entrada estaba abierta completamente y eso era extraño. Mayan estacionó el automóvil cerca de la puerta y lanzó un suspiro antes de bajar.

Entramos cerrando la puerta a nuestras espaldas.

No tardó en alcanzarnos el olor a marihuana y el fuerte sonido de la música. Pronto llegamos al jardín y había varias bocinas distribuidas por el lugar. Había chicos bebiendo y bailando. Mayan me dio un codazo y vimos a Lavi acercarse con un vaso en la mano y unos lentes oscuros puestos.

Oh, no.

## Capítulo 4

### **Audrey y los Dream Games**

Este libro es la continuación del primer libro Audrey. La historia sigue justo en el momento que terminó el primer libro.

Después de descubrir la verdad acerca de sus sueños, la protagonista se enfrenta a nuevos problemas que podrían hacerle perder la cordura. Ha perdido a Joan y deberá luchar contra todo lo que siente para no sucumbir al dolor de no tenerlo en su vida. Silas quiere arreglar un pasado que la lastima demasiado y deberán decidir si remueven los recuerdos para enfrentarse a uno de sus más grandes miedos: Velasco. En medio de pérdidas, reencuentros, memorias y personas nuevas, los sueños se intensifican y ponen a la protagonista en un gran peligro. Descubrirá secretos, lugares mágicos y encontrará apoyo en personas que jamás imaginó.

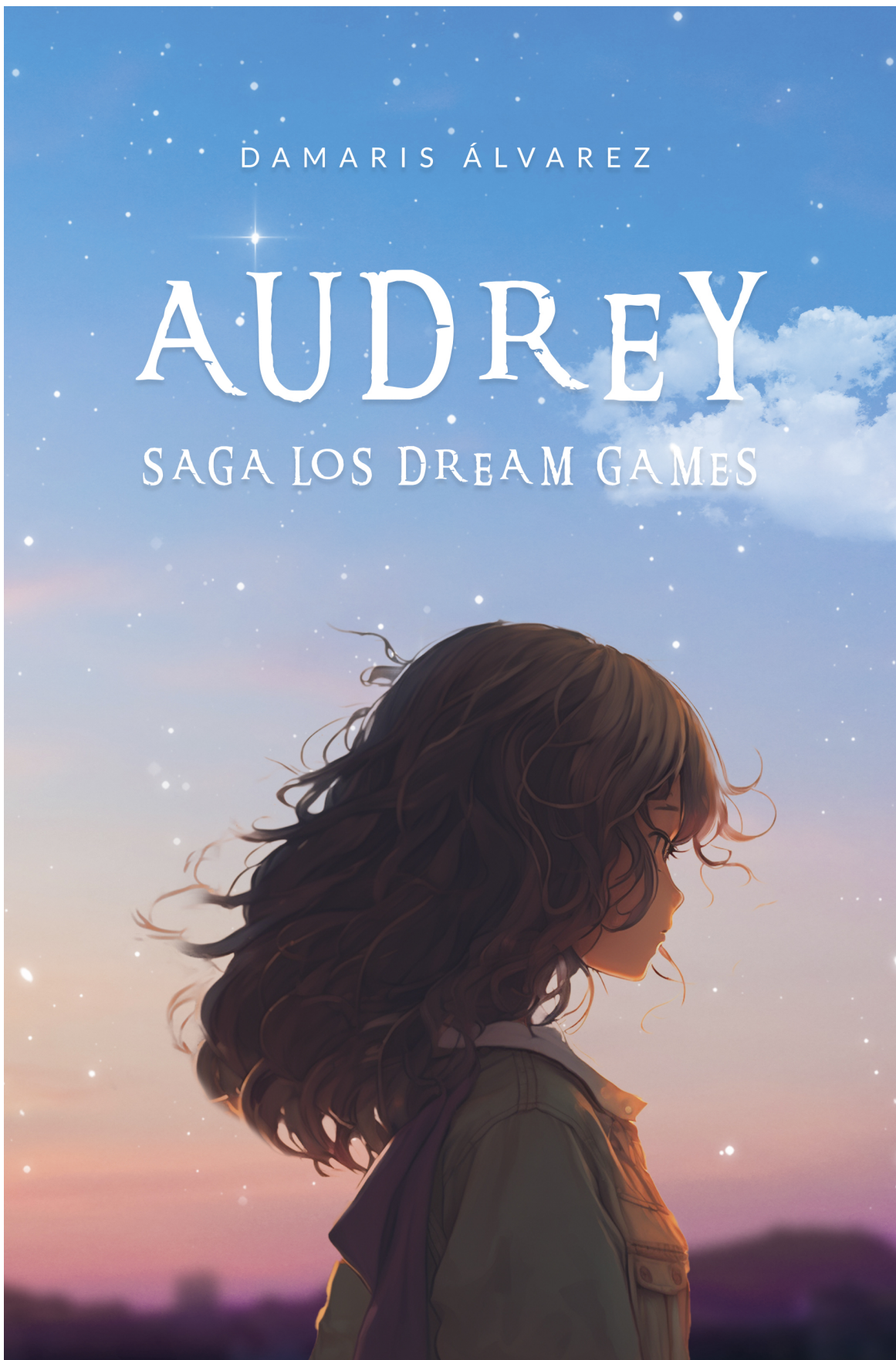
Los dos libros están disponibles en amazon.

Primer libro:

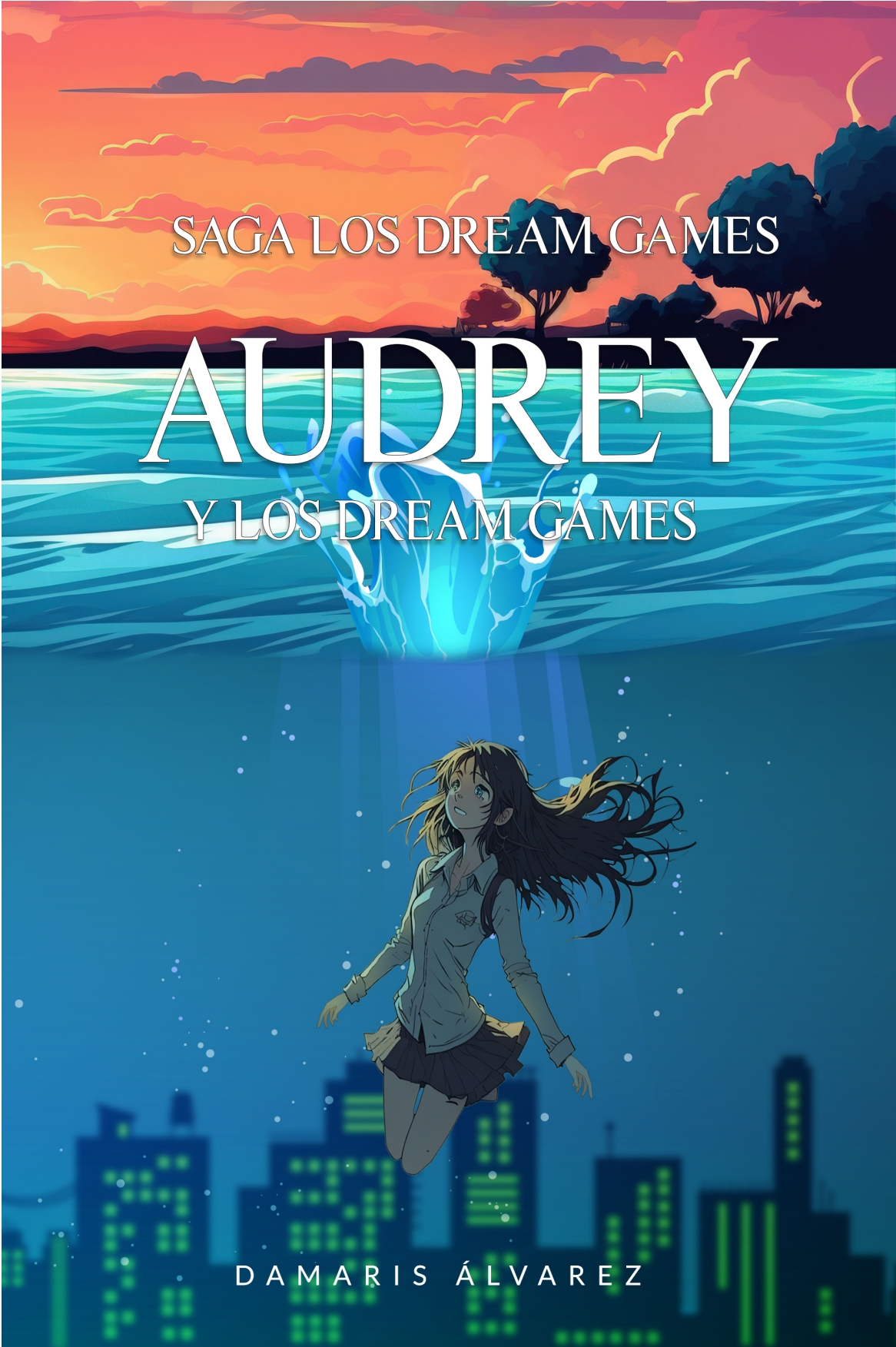
DAMARIS ÁLVAREZ

# AUDREY

SAGA LOS DREAM GAMES



Segundo libro:



SAGA LOS DREAM GAMES

# AUDREY

Y LOS DREAM GAMES

DAMARIS ÁLVAREZ